

LA VUELTA DE LOS DÍAS

ALFONSO REYES: LA CASA DE LAS OBRAS

ADOLFO CASTAÑÓN



En 1974, a los veintinueve años y para estrenar la mayoría de edad, empecé a leer a Alfonso Reyes. Aciateó esa lectura Carlos Monsiváis, desde cuyo suplemento *La cultura en México*, editado por el semanario *Siempre!*, se inició una revisión crítica de la cultura nacional. Jorge Aguilar Mora asediaba a Octavio Paz, José Joaquín Blanco reconstruía el itinerario de José Vasconcelos. Para mi fortuna, me fue asignado Alfonso Reyes, al que yo apenas conocía y que era considerado por algunos poco interesante en la medida en que no era un escritor heterodoxo, pendenciero. Podría decirse del autor de *Visión de Anáhuac* lo que éste decía de Alarcón: "En la casa de la locura era un revolucionario de la razón. Hace falta mucha bravura para asumir esta actitud. Hay el riesgo de quedarse solo".* La literatura de Reyes fue para mí definitiva: dio forma a mi actitud hacia la literatura como placer y destino. La impresión que suscitó en mí la obra de Alfonso Reyes fue tan intensa que al deslumbramiento y al éxtasis se añadió tam-

* op. cit. T. XXII, *Marginalia*, p. 505.

bién un cierto desconsuelo: leí su obra durante un año, la recorrí como quien atraviesa al paso un museo y sólo se detiene en aquellas pinturas que verdaderamente le llaman la atención. Lo leí fascinado como si fuese una historia o una novela cuya trama verdadera fuese el color y la entonación; me sumergí en él como en una laguna encantada, acunado por la música clásica de su prosa, ovillado en la madeja de su lengua. Esa experiencia se volvió a repetir en la relectura, y supe que el suyo era como el fuego de un horno que insensible pero irresistiblemente vence la rugosa experiencia. No sabía yo si el desconsuelo nacía de una incapacidad mía o de alguna condición secreta de aquella obra cuya forma se me escapaba. Aquella abundancia fascinaba pero, al mismo tiempo, el lector podía ahogarse en ella. Al parecer, Reyes mismo no fue ajeno a la perplejidad que suscita la abundancia fluvial de su propia obra porque desde una fecha muy temprana, en su "Carta a dos amigos", escrita en 1926 cuando tenía treinta y cinco años, encaraba el desafío que representaba para él mismo el ordenamiento de su

obra completa. Lustros, años más tarde, hacia los sesenta y cinco volvería a inquietarlo la cuestión con motivo de la edición de sus obras completas; de ahí la redacción de la *Historia documental de mis libros*. Para no marearse, intenta resolver nuevamente la cuestión de su caudalosa producción, y las preguntas y respuestas que suscita el orden y disposición de su obra completa se manifiestan con nitidez. Los criterios no han variado mucho. La obra de Alfonso Reyes admite, así, según él, dos clasificaciones simultáneas o, si se prefiere, una horizontal y otra vertical: ésta sostiene que "al lado de mis libros orgánicos, escritos de una vez y conforme a un plan determinado, hay otros que se me han ido formando por acumulación y yuxtaposición de páginas independientes. No sólo los libros de artículos desarticulados, en que ello es obvio, sino asimismo libros que adquieren a posteriori una organización de conjunto, como las *Memorias de cocina y bodega*" (T. XXIV, p. 223). Es una clasificación que sigue muy de cerca la propuesta treinta años antes y que distingue fundamentalmente entre "libros verdaderos" y "libros de agregación casual". En el orden horizontal, su obra admite ser vertida —según él mismo— en tres categorías principales: la primera corresponde a la poesía y la literatura inventiva y de creación, ahí yace "el fondo de mi labor, la obra desinteresada y constante, la que mana como respiración, la que sólo escribo para mí" (p. XXIV, 194). En un segundo orden,

está la filología y la erudición que comprende en su órbita ediciones y traducciones. Este renglón cobra una trascendencia singular en una obra como ésta que se nutre y bebe como ninguna de la filología y de la crítica. La investigación y la historia literaria no fueron en Alfonso Reyes un accidente y menos una estéril ocasión de lucro sobreviviente. Cualquiera puede constatar cómo en él la crítica cristaliza en fantasía y la arqueología se transforma en un animado, fértil viaje, como si el paseante, por el solo ritmo de su andadura, transmutara las fronteras entre lo urbano y lo rural e hiciera de la expedición errancia, del viaje de negocios holgado vagabundeo. Admirablemente, su tarea filológica y sus labores, por así decir científicas, no perdieron en momento alguno rigor, bien que él invariablemente defendiera su talante *amateur*, su vocación de aficionado. Esta pendiente hacia los rigores y placeres del saber literario lo conduce a intentar empresas no exentas de audacia y saludable ambición como *El deslinde* o aun *La crítica en la Edad Ateniense* donde ensaya la configuración de catálogos inteligentes de la ciencia literaria, bancos de datos, para decirlo en el oleaje actual. La tercera vertiente la sustentan la crónica y el periodismo y es acaso la más copiosa. Al igual que la anterior, podría ser entendida en función de los "virtuosos efectos de la necesidad", frase de Alarcón acerca de sus comedias, que Reyes usa para definir la condición de su obra ocasionada. A su vez, ciertas páginas periodísticas, ciertos libros de crónicas no sabrán ser distinguidos fácilmente del primer grupo. Del *Diario* que lleva y lo lleva y dentro del cual, por así decir, *respira*, a los diarios donde colabora y va estampando y acuñando la imagen de un poderoso atlas de las letras; y de éstos a la página literaria

donde la experiencia se esmalta y donde como en un relicario o en un camafeo queda conservado el perfil del instante (véase por ejemplo la re-escritura o reciclamiento de la página de diario correspondiente al 2 de octubre de 1914 que retomaría luego en *Historia documental de mis libros y Cartones de Madrid*). Con *Historia documental de mis libros* la serpiente, la pescadilla de la escritura se muerde la cola: el objeto de la escritura de 1959 es el sujeto agente de medio siglo antes, *la obra se transforma en espejo y asunto de sí misma* y se consume y cierra el ciclo, recordando a Marcel Proust, de la búsqueda del tiempo perdido en el tiempo recobrado.

Amigüero y coral, público y mundano, hombre de amistad y de cortesías, de embajadas y convivios, Alfonso Reyes supo mantener una caudalosa, fluvial correspondencia que representa varios miles de páginas. Su fisonomía personal y literaria no sabría prescindir del orden epistolar que representa en verdad un diario paralelo —acaso mucho más elocuente y significativo que esa alacena de noticias más o menos crudas— (aunque: ojo: estamos hablando de Alfonso Reyes) que se alojan en el parcialmente inédito, legendario y espejeante *Diario*. Hombre de conversación más que un anacoreta de batallas en el desierto de los fueros internos, el verdadero diario de Reyes es el plasmado en la órbita de la correspondencia con Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, José Vasconcelos, Martín Luis Guzmán, Genaro Estrada, Ventura y Francisco García Calderón, Azorín, R. Foulché-Delbosc, Valéry Larbaud, Jean Cassou y tantos otros. Si ya es difícil retener la fisonomía de la personalidad literaria y humana de Alfonso Reyes a través de sus ingentes *Obras Completas*, no sabríamos reconocerlo íntegramente sin acudir a su Co-

rrespondencia. Cabe destacar dentro de este apartado el volumen (alrededor de 1 000 páginas) de la *Misión diplomática*, correspondencia oficial escrita durante sus embajadas en Francia, Argentina y Brasil. El observador y consejero político, el ciudadano afín al estadista, el escritor consciente de que su misión le exige ver y escribir claro, el agudo lector de filologías que sabe exponer y desenredar, recapitular y sacar cartas de navegación para surcar el oleaje tumultuoso de la historia (por ejemplo, las revoluciones, como la de Getulio Vargas en Brasil), la morralla de intrigas y conjuras que dan los saldos e hipotecas de la historia pública. Ese vasto continente escrito ¿representa en sí mismo una obra o es el receptáculo, el vivero, el catálogo que enlista sólo algunas? La sombra, ¿forma parte del retrato?

La expresión *obra completa* alude a la totalidad, y quizá ninguna como la de Alfonso Reyes está explícitamente condenada, llamada a recrear la plenitud del mundo en su integridad, incluido el cuerpo, la enfermedad, la cocina, la política, el golf y la retórica clásica. Quizá por eso sea imposible leer la obra de Alfonso Reyes y sólo sea plausible, verosmil, releerla. Aquí vive Platón, y el acto de presencia es un acto de reminiscencia.

Hay a pesar de todo una arquitectura en la obra de Alfonso Reyes, y ésta es, sorprendentemente, la de una casa, aunque también, como apunta Christopher Domínguez, podría compararse a una ciudad.

Hay a la entrada una terraza adornada con un gran vitral cuyos colores y figuras exactamente dibujados hacen pensar que se trata de un espejo o un cristal. Se llama *Visión de Anahuac* y preside la residencia como un blasón heráldico que nos recuerda que la construcción se levanta en un solar de

México. La casa tiene salas y estancias para recibir (la obra periodística, buena parte de la correspondencia), cocina y comedor (*Memorias de cocina y Minuta y bodega*), estudio y biblioteca (la obra crítica y filológica), sala de estar o estancia-museo con retratos y recuerdos de familia (*Parentalia*, *Albores*), alcobas y recámaras (las narraciones imaginativas donde descansa la inteligencia), jardines (ediciones y traducciones literarias y poéticas), campo de golf ("Palabras del Golf" en *Los siete sobre Deva*), gimnasio y "baño realmente pompeyano, con toda clase de juegos de agua y duchas a presión que, al menor descuido, lo sientan a uno en el suelo" (op. cit. T. XXIV p. 512) (*Parentalia*, *Homero en Cuernavaca*, *Junta de sombras* y muchas de las páginas griegas), archivo y aun una enfermería (*Memoria a la facultad*, *Cuando creí morir*), un panteón familiar donde se alojan los dioses de la religión personal ("Oración del 9 de febrero" y algunos estudios griegos); en fin, una capilla en honor de Goethe, figura tutelar (T. XXVI). La vasta mansión tiene, desde luego, un "cuarto de tiliches" (el Archivo y parte del *Diario* "inédito") corredores y ventanas (la correspondencia) y un patio en el centro donde una fuente canta y deletrea su lección de fertilidad y transparencia (*Constancia poética*).

La arquitectura es vasta pero habitable, "no por nada es obra de uno de los artesanos más honestos de la lengua". Incluye además una miniatura de sí misma: la mencionada *Historia documental de mis libros* donde se repasa y abisma la obra y los lectores de Alfonso Reyes pueden deambular solitarios y en coro de un sitio a otro. Por una astucia del arquitecto todas las piezas son luminosas y tienen ventanas desde donde se alcanzarán a mirar diversas ciudades: París, Madrid, Buenos Aires, Rio,

Roma. Es decir que la casa está orientada hacia el sur y hacia el occidente. El estilo es sobrio y clásico pero cierta amplitud suntuosa evoca el oriente, y se respira en toda ella un aire distinto de limpieza dando la impresión de que se respira el aire libre —casí marino— aun cuando el lector esté bajo techo. Sólo una imagen de ese orden sabría rendir el carácter hospitalario de la obra de Alfonso

Reyes —una casa solariega a la que se vuelve cuando, agobiados por el tráfigo urbano y el calor, se precisa el aire nuevo de una residencia a orillas del mar.

Una casa que es además de todo lo dicho "habitación, cuartel, huerto, amén de ser bosque, gruta, tierra por descubrir, escondite para no ir a la escuela, isla de salvas y muchas cosas más" (T. XXIV p. 507). ◀

Rescates y naufragios

ALFONSO REYES: CACHOS DE INTRIGA

GUILLERMO SHERIDAN



La vida teatral de Reyes, como en todos los escritores de su generación y la siguiente, tuvo mejor fortuna en el campo de la especulación que en el escenario. Hartos del mundo realismo moralista español, conjeturaron un teatro muchas veces imposible. Queda huella de esto en una curiosa página del *Diario* (inédito) de Reyes, que en la entrada correspondiente al 19 de enero de 1931, anota unos "temas y sugerencias para un teatro estafalarío" que tienen un aire de remota familiaridad *dadá*, o del "teatro sintético", o de esas tendencias previas al absurdo, como de Ivan Goll. *Parodias maniáticas propias de un embajador fastidiado por el protocolo y los modales, podrían obedecer al hecho de que se redactan en una época de tedio y malestar causado por sus sabores en Buenos Aires y por su precipitada mudanza a Rio de Janeiro, pero, también, quizá, al humorista privado que era Reyes y a la posibilidad, nunca cumplida, de revelarse público.*

a) Cada escena, nuevos perso-

najes, sin continuidad, que narran entre sí un suceso, cada grupo interpretándolo de otro modo, y el suceso se reconstruye —ausente— y es el verdadero tema de la comedia. Pueden ser escenas en el "smoke" de un tren, en un club, una taberna, etc.

b) En casa de campo reina el miedo entre una partida social porque un teósofo asusta poco a poco a todos, interpretando extraños ruidos nocturnos. Todos los personajes parecen maniáticos: cada uno habla de su tema, sin prestar atención a los demás. Uno cuenta a lo largo del acto una historia muy larga. Otro habla de geología. Otros se enamoran cínicamente delante de los demás. Nadie hace caso de nadie, salvo al anochecer, que a todos les sobrecoge el miedo. Explicación al otro día: la huella —inmensa como una torre en mitad de la escena— de una vaca. Por eso cada uno hablaba otra lengua. ¡Era la Torre de Babel!

c) Un señor distraído que se

anuncia con la tarjeta de visita que le cae a la mano, cada vez de otra persona. Su extravagancia se hace proverbial. En una escena lo sorprendemos solo en su casa, preparando cuidadosamente la serie de tarjetas ajenas que va a ir presentando a diversas personas. En la oscuridad un letrero luminoso: "¿Era detective?" Tal vez maniático de investigaciones psicológicas.

d) Tres escenarios para tres actos: 1) La escena es en un rincón formado por una fila de armarios. Se entra por la rendija de un costado. Se adivina que del otro lado hay un cuadro-guardarropa donde pasa gente. Aquí vienen a esconderse los personajes —tal vez niños. "Las bellaquerías detrás de la puerta". 2) Escenario en un ascensor que continuamente sube y baja. Lo manejan sólo los que lo usan, que paran en los pisos, hablan a solas, callan cuando los in-

terrumpen, etc. Se sorprende un cacho de intriga, y unos chicos se dan cita, apagan las luces y gruñen de amor en el ascensor. Se oyen gritos de quienes quieren usarlo. Los paran a medio piso, los sacan, etc. 3) Un baño. Una puertecita privada donde se oye correr el agua cuando tiran de la cadenita. Los personajes, peinándose y lavándose las manos, se hablan y conciertan. Hace falta que una mujer se bañe.

Naturalmente, todo esto lo apunto por extravagancia. Sé que de todo ello apenas la décima parte sería aprovechable. Hay mil ideas más:

Personajes que todo el acto hablan cuerdamente, pero haciendo con el cuerpo cosas extravagantes y locas, subiéndose en las mesas, echando volteretas, abrazándose y amándose sobre una sillita ligera, etc., etc. <

la idea. Resulta que ese investigador, el doctor Alberto Darson, no sólo no le cuesta a la UNAM, sino que la subvenciona con un alto porcentaje de los financiamientos que, por sus méritos académicos, recibe de varias fundaciones internacionales.

LÍDERES

Ante cualquier situación en la UNAM, *La Jornada* entrevista a Agustín Rodríguez, líder de su sindicato de trabajadores, o a algún líder estudiantil. ¿Se debate una reforma? Entrevista a los líderes. ¿Se reúne el Consejo Universitario? Entrevista a los líderes. Nunca a profesores o investigadores. Por mi raza hablarán los líderes.

El pasado 9 de julio, el líder Rodríguez habló por la raza: democráticamente acusó al rector de "autoritario" y anunció "un movimiento en defensa de la universidad pública". ¿Qué es una universidad pública? Una en que la autoridad se ejerce democráticamente. Para alcanzar ese sueño (de la raza y la razón), el líder Rodríguez advirtió que se emplazaría democráticamente a huelga a la UNAM y se pondrá en práctica "un plan de acción agresivo (*sic*) para enfrentar las medidas unilaterales de la rectoría".

Esta vez, *La Jornada* sí recogió otras opiniones: las de una consejera y una profesora. En la nota, estas dos señoras se convierten, democráticamente, en "los consejeros y profesores de la UNAM". La parte sustituye al todo, quizá, por curiosa coincidencia: está de acuerdo en que el rector es "autoritario". La consejera y la profesora se manifiestan asustadas de que "nos cambien a la Universidad y ni cuenta nos demos". Nada dicen sobre el hecho de que se les haya cambiado el género y el número y hayan pasado a representar, ellas dos solitas, democrática-

UNIVERSITARIAS

GUILLERMO SHERIDAN



RACIONALIZAR EL GASTO

En julio, los investigadores de la UNAM se indignaron con sus administradores que, para *racionalizar el gasto*, suspendieron el pago de impuestos de importación a sus insumos. Si bien más tarde se reconsideró la medida, sorprende que la UNAM no haya encontrado, de entrada, otras zonas que *racionalizar*, y que escogiera a la investigación científica como primer objetivo. Por primera vez, los investigadores

ocupamos el primer lugar en algo. ¿Alguien se imagina lo que hubiera pasado si, en lugar de *racionalizar* a los investigadores, se hubiese siquiera insinuado la posibilidad de *racionalizar* los gastos del sindicato, o los de los funcionarios?

Para ejemplificar el gasto en insumos de importación, alguien tuvo la mala fortuna de elegir los erizos importados que utiliza un investigador del Instituto de Biotecnología en sus investigaciones sobre reproducción humana. Ma-

mente, a toda la comunidad académica de la UNAM.

INTI ATACA DE NUEVO

El estudiante Inti Muñoz, expulsado por el autoritario rector por organizar sin permiso un concierto de rock el 10 de junio que causó daños a la propiedad universitaria, organizó el 6 de septiembre otro concierto. Esta vez, además de sesenta y nueve heridos, el ritual sacrificio humano de un camión y algunos retoques con spray al mural de Rivera, los daños fueron sólo de ochenta y cinco mil pesos. Entrevistado, el inefable Inti declaró: "Es algo acostumbrado, son daños mínimos".

Los conciertos de Inti obedecen a una causa noble: ayudar a las comunidades de Chiapas. Para hacerlo, en lugar de cumplir democráticamente su servicio social entre las comunidades de Chiapas, los estudiantes de la UNAM se ven autoritariamente condenados a oír rock y causarle "daños mínimos" a la propiedad del pueblo. "El problema del rector —concluyó Inti— es que no sabe convivir con los jóvenes".

En lugar de convivir con los jóvenes, el rector explicaba mientras tanto que cada estudiante de licenciatura le cuesta al pueblo de México veinte mil pesos anuales. Los mínimos daños de Inti podrían haberle pagado toda su carrera a un estudiante. Estoy seguro de que los veinte mil pesos anuales que cuesta educar a Inti, vienen del dinero que el irracional gastador Alberto Darson aporta a la UNAM.

¿DE QUIÉN ES LA UNAM?

En la sección "Academia" del periódico *Crónica*, por mi raza también hablan los líderes. El 12 de septiembre, los voceros de una asf llamada Asamblea Universitaria

reflexionan sobre la opinión del rector en el sentido de que la UNAM no es lugar adecuado para un mítin del EZLN. Los líderes juzgan que "el rector no es propietario" de la UNAM, mientras que "la comunidad", que ellos representan democráticamente, sí lo es. Luego aprovechan la oportunidad para anunciar, con casi las mismas palabras del líder democrático Rodríguez, que el evento con los zapatistas "marcará el inicio de la lucha en contra de las reformas académicas" del rector.

RACIONALIZACIÓN HUMANÍSTICA

El mismo 12 de septiembre, la Coordinación de Humanidades de la UNAM pagó un desplegado para enterar al pueblo de México de que el gran poeta Marco Antonio Campos fue nombrado "Coordinador del Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades". Sólo en *La Jornada*, ese desplegado costó diez mil pesos: lo que dejó en las arcas de la UNAM la colegiatura anual de

cincuenta mil de sus estudiantes (a veinte centavos por cabeza).

¿Habrá que suponer que si la buena nueva se hubiera comunicado a la prensa por medio de un boletín (gratuito), a nadie le hubiera importado un bledo, y que por eso hubo que gastar racionalmente en un desplegado? y ¿habrá que suponer que los responsables de las colecciones de la Coordinación de Humanidades (gente como Tito Monterroso, Ricardo Pozas, etc.) son tan ineptos que se tuvo que gastar racionalmente en crear una nueva oficina para coordinarlos? y ¿habrá que suponer que de ahora en adelante, costará diez mil pesos comunicar cada nuevo nombramiento burocrático?

Por lo pronto, ese dinero ni fue para Chiapas, ni para pagar impuestos de insumos de investigación, ni para financiar estudiantes. Fue para demostrar que en la UNAM estamos empeñados en *racionalizar los gastos*.

Como diría Inti: "Es lo acostumbrado". <

gshereda@buzon.main.conacyt.mx

A PROPÓSITO DE STEVEN WEINBERG

MARCOS MOSHINSKY



Como parte del festival del Centro Histórico del pasado mes de abril, se ofreció en El Colegio Nacional y con la cooperación de Vuelta, una serie de conferencias: "Reflexiones sobre el Siglo XX". Una de ellas la iba a dar Steven Weinberg, y se me encargó la labor de comentarlo. El profesor Weinberg no pudo asistir, pero su conferencia, traducida al español,

fue publicada en Vuelta 247/ (junio de 1997). Yo tenía ya escrito mi comentario en inglés y pensé que, traducido al español, podrá ser de interés para los que hubieran leído el artículo de Weinberg.

Steven Weinberg es uno de los gigantes de la ciencia del Siglo XX. Su trabajo so-

bre la unificación de las interacciones electromagnéticas y débiles mereció el Premio Nobel compartido con Salam y Glaghow. Pero sus contribuciones van mucho más allá del trabajo mencionado, no sólo en la investigación en física, sino también en sus escritos dirigidos a un público más amplio, como su libro *Los primeros tres minutos* en que describe, desde el punto de vista de la física actual, lo que pudo haber pasado en ese periodo de tiempo después de la gran explosión que originó a nuestro universo.

Los comentarios del profesor Weinberg sobre el futuro de la ciencia deben ser tomados muy en serio, y yo quisiera hacerlo aquí indicando primero que estoy de acuerdo con algunos pero no todos sus puntos de vista.

Su observación inicial sobre el libro de Joseph Conrad, *El agente secreto*, implica una conciencia de la importancia de la ciencia a principios de este siglo que quizás existía más en la mente de Conrad que en la del público en general. Estoy seguro de que en la época actual los humanos estamos mucho más conscientes de la importancia y poder de la ciencia que nuestros antepasados de hace un siglo. Lo que ha cambiado es que en el pasado se pensaba en la ciencia como una actividad esencialmente benéfica para la humanidad, mientras que ahora sabemos que, usada irresponsablemente, puede también causar grandes daños.

Como enfatizó el profesor Weinberg, la ciencia ha avanzado en todos los frentes, pero quizás las dos revoluciones más grandes ocurrieron en la física y la genética, y no se ve fin al continuo progreso de estas y las demás ramas del conocimiento.

Weinberg no pone mucha atención, en el artículo que comentamos, sobre el mal uso de la ciencia y yo estoy de acuerdo con

esta actitud, ya que la responsabilidad de este hecho no sólo es de los científicos sino de toda la sociedad y, en particular, de los que detentan el poder de tomar las decisiones finales al respecto.

En el momento presente el Prof. Weinberg considera que el desafío mayor que la ciencia enfrenta es el del apoyo económico. Durante la II Guerra Mundial y después durante la llamada Guerra Fría, este apoyo fue muy amplio en los países avanzados, en buena parte por las confrontaciones que había entre ellos. Hoy estas confrontaciones se han aminorado y las sociedades dan prioridad a otros intereses. Nosotros, en el Tercer Mundo, siempre hemos tenido escasez de recursos para el desarrollo de la ciencia, pero a pesar de ello y tomando a México como ejemplo, hemos creado algunos centros de primer orden cuyos miembros publican en las revistas más prestigiadas y merecen el respeto internacional. Por eso el problema económico de la ciencia en los países avanzados que tanto preocupa al Prof. Weinberg no nos parece tan crucial. Es cierto, por ejemplo, que descubrimientos nuevos y fundamentales en partículas elementales como el mesón de Higgs, o el origen de la materia oscura en el universo que preocupa a los astrónomos, tardarán más en ser comprendidos por el costo del equipo que estos estudios requieren, pero estoy seguro que en alguna fecha futura llegaremos a entender a estos y a muchos nuevos fenómenos.

Posiblemente lo que molesta al Prof. Weinberg, como sería natural para cualquier ser humano, es que los descubrimientos mencionados en el párrafo anterior, que tanto le interesan, no se hagan en el curso de su vida. Debe, sin embargo, recordar la frase de Vannevar Bush, que fue asesor científico del presidente Roose-

velt, y que mencionó que la ciencia era una frontera sin límites. Habrá pues siempre fenómenos que los científicos sientan intuitivamente que deberían estar allí, pero que no llegarán a vivir lo suficiente para verlos. Deberían en esos casos recordar las palabras de Newton, quien afirmaba que había podido lograr tanto en la ciencia porque había estado parado en los hombros de los investigadores gigantes que lo precedieron. En el siglo próximo esta frase podrá quizás aplicarse a algún joven físico que haga alguno de los descubrimientos fundamentales que con tanto afán se buscan hoy en día, y eso será posible sólo porque estuvo parado en hombros de gigantes como el Prof. Weinberg.

Pasando a otro tema, estoy de acuerdo con el Prof. Weinberg que la fuente principal de ayuda para la investigación científica debe continuar siendo el gobierno. Demandar que la nueva ciencia sea de uso inmediato a la sociedad, es tan ridículo como demandar lo mismo de un bebé recién nacido. Por ello las compañías privadas, cuyo objetivo principal es generar ganancias, no son las instituciones naturales para sostener económicamente a la ciencia. Sin embargo, deberían tener la visión suficiente en reservar una pequeña parte de sus ganancias para la investigación pura que, a la larga, puede retribuirles esa inversión muchas veces multiplicada.

Es una vergüenza, como dice el Prof. Weinberg, que laboratorios privados, famosos en el mundo entero por sus contribuciones científicas, como Bell Telephone o Exxon, sean cerrados o reducidos para ahorrar gastos a sus compañías y hacerlas más competitivas desde el punto de vista financiero. A la larga, esas compañías pagarán caro esta decisión, particularmente si en otros países

se sigue este tipo de política. Un incentivo fiscal a las compañías para que mantengan laboratorios de investigación sería deseable, pero esta proposición es contraria al objetivo de balancear el presupuesto gubernamental que es, hoy en día, el ideal de muchos países.

Volviendo a otro punto que discute el Prof. Weinberg, creo que el movimiento anticientífico que él menciona es superficial. A pesar de algunos nombres famosos, creo que la mayoría de los que lo profesan no quieren tomarse el trabajo, muy duro por cierto, de entender a la ciencia y prefieren considerarla como otro culto esotérico. La realidad es, sin embargo, un duro capataz, y con el tiempo los anticientíficos tendrán que reconsiderar su posición.

En cuanto a las relaciones de la ciencia y la religión, mi actitud es que se ha llegado (si excluimos a los extremistas de uno y de otro lado) a la posición de vivir y dejar vivir. Como no creyente que soy, pienso que el propósito principal de una religión es la de defendernos del miedo a la muerte. La religión da pues sentido a la vida de los que la practican e inclusive les hace pensar que después de la muerte su existencia continuará en alguna forma en presencia de su Dios.

La ciencia no puede ofrecer nada parecido. El Universo es maravilloso, pero terriblemente complejo y además parece estar completamente desinteresado por los habitantes de ese pequeño planeta que es la tierra. La vida parece ser el producto de una serie de azares orquestados por mutaciones, en las que sobreviven sólo los organismos que están mejor acoplados al medio que les tocó vivir. Se trata pues de una visión muy fría de nuestro entorno pero a la vez enormemente estimulante para nuestro intelecto. Ya somos muchos, científicos o simplemente seres humanos no

creyentes, que nos hemos acostumbrado a esta situación, pero no queremos imponer nuestras ideas a nadie, ni tampoco que nos las impongan otros.

Creo pues que el choque de religión y ciencia, como lo vimos en el pasado, tiene pocas probabilidades de volver a ser tan virulento.

Las observaciones anteriores

me hacen pensar, como también creo que sería la posición de Weinberg, que la ciencia puede resistir los ataques, vengan de donde vengan; y que los que nos dedicamos a ella deberíamos continuar nuestros esfuerzos para que progrese y, al mismo tiempo, para hacer más accesible al resto de la sociedad los avances más importantes de nuestras disciplinas. <

Casillero de Leviatán ¿POLÍTICA DE ESTADO?

JAIME SÁNCHEZ SUSARREY



En su tercer Informe de Gobierno, Ernesto Zedillo convocó a delinear una política de Estado, que le de continuidad y estabilidad al programa de crecimiento económico más allá de los sexenios y de las identidades ideológicas de cada una de las fuerzas en contienda. Según él, dicho pacto es posible. Así como ayer se lograron consensos en torno de la reforma política federal, hoy se podría avanzar en un acuerdo en esta materia. El optimismo del presidente de la República se funda en un doble supuesto: por una parte, el conjunto de los partidos políticos persiguen en lo esencial un mismo fin: el crecimiento y la justicia social, es decir, el bienestar del pueblo. Por la otra, la experiencia internacional habría demostrado de manera fehaciente que sólo con una economía sana y estable se pueden alcanzar tasas de crecimiento duradero.

Desde la perspectiva del presidente, tanto la desaparición del bloque comunista como las refor-

mas económicas en los países desarrollados, apuntarían en el mismo sentido: fuera de la economía de mercado no hay camino para el desarrollo y la estabilidad. La historia se habría encargado de enterrar de una vez y para siempre los falsos espejismos de la planificación central o de la intervención indiscriminada del Estado en la economía. De ahí que el reciente arribo de los socialistas al poder en Francia o de los laboristas en Gran Bretaña no se haya traducido en una contrarreforma económica; antes bien, Tony Blair, ya como primer ministro, se pronunció por ampliar y consolidar la autonomía del banco central y por continuar la privatización de empresas para sanear las finanzas públicas. El *aggiornamento* de los partidos de izquierda en Europa no dejaría lugar a dudas. La desaparición de las formaciones comunistas y la conversión de los viejos socialistas al realismo económico serían hechos irreversibles.

El diagnóstico de Zedillo es

correcto en lo esencial. Sin embargo, su afirmación reiterada de que en México sucederá lo mismo no pasa, por el momento, de ser una apuesta. Pero aún así, el presidente de la República se ha aferrado a esa tesis con una tenacidad sorprendente. En varias ocasiones, fuera y dentro del país, ha reafirmado la idea de que el poder tendrá un efecto moderador en el interior del neocardenismo. Lo dijo aquí antes del 6 de julio y lo repitió después, en Chicago, en alusión al gobierno que encabezará Cuauhtémoc Cárdenas en el Distrito Federal. Con todo, hay varios hechos que deberían matizar el optimismo presidencial: el primero de ellos es que nadie aprende en cabeza ajena. El segundo es que en el interior del PRD convergen corrientes muy heterogéneas de excomunistas y exprístas que hacen una lectura diferente del *aggiornamento* de la izquierda europea. Y el tercero, que las demandas y los límites de la ciudad de México son radicalmente distintos a los de un gobierno nacional.

Esperar que la experiencia europea marque de manera automática al neocardenismo es una ingenuidad. Lo es porque las corrientes modernas e inteligentes del viejo partido comunista, aquellas que reconocen la existencia de una nueva agenda y la necesidad de reflexionar sobre ella, han quedado marginadas. Y lo es también porque los viejos prístas jamás han visto el hundimiento del bloque comunista como un problema ideológico que les atañe; desde su perspectiva, el debate intelectual de los últimos años ha estado marcado no por el hundimiento del socialismo y de los principios de la economía central planificada, sino por el "dogmatismo neoliberal" que se ha impuesto *urbi et orbi*.

Para todos ellos, la experien-

cia de Felipe González en España no fue un acto de realismo económico, sino político; consideran que el PSOE tuvo que gobernar en el momento de la marejada neoliberal y ajustarse a los límites que así se le impusieron. Ahora, por el contrario, el ascenso del PRD coincidiría —como lo ha repetido Muñoz Ledo— con una oleada antineoliberal que debe combatir los dogmas de la economía de mercado y abrirse a otras concepciones, que obviamente remiten a las experiencias de los años setenta. (No es casual que el vocero económico de la fracción del PRD en la cámara sea Ricardo García Sañz, viejo partidario de las políticas estatistas y populistas, ni que Adolfo Gilly, trotskysta de formación y convicción, sea el intelectual más cercano a Cuauhtémoc Cárdenas).

La experiencia europea contiene ciertamente la lección del *aggiornamento*, pero este hecho debe ser visto con más detenimiento para entender la complejidad del proceso. Los tiempos y la evolución de cada una de las formaciones políticas han sido completamente diferentes. El auge del "neoliberalismo" comenzó con el triunfo de Margaret Thatcher en 1979 y Ronald Reagan en 1981. Como contrapunto, el Partido Socialista Francés ganó las elecciones en 1981, después de 23 años de gobiernos de la derecha, y al año siguiente el Partido Socialista Obrero Español triunfó en España. La reacción ante la victoria fue radicalmente distinta: Mitterrand llegó al poder en coalición con el Partido Comunista, utilizó desde la campaña un lenguaje anquilosado ("le peuple de gauche") y puso en práctica una política muy amplia de nacionalizaciones, amén de haber incrementado el gasto público con la intención de promover el crecimiento y abatir del desempleo. El resultado fue negativo: se disparó

la inflación, se incrementó el déficit en la balanza comercial y el franco terminó por devaluarse. Como consecuencia de lo anterior, los socialistas perdieron la mayoría 5 años después y el presidente socialista tuvo que gobernar con un primer ministro de derecha, que revirtió las nacionalizaciones. Sin embargo, en 1988 los socialistas ganaron de nuevo la elección presidencial y la mayoría en el congreso, pero esa vez abandonaron sus viejas ideas estatistas y keynesianas. Felipe González, por su parte, puso en marcha desde el inicio una política de libre mercado, abandonó el lenguaje marxista, se convirtió en el líder de la modernización española y el Partido Socialista Obrero Español permaneció en el poder de manera continua hasta 1996.

Como se puede constatar, el *aggiornamento* francés fue más largo y complejo que el español. Los socialistas galos no aprendieron en cabeza ajena. Modificaron sus políticas hasta que, como resultado de su experimento económico, los electores los censuraron en las urnas. La experiencia del PSF es todavía más interesante, si se toma en cuenta que François Mitterrand era un político pragmático y que, además, las corrientes más cercanas a su filosofía no eran los comunistas, sino los socialdemócratas. En ese sentido, hay que reconocer que Felipe González, de apenas 40 años en aquel momento, fue mucho más avezado y lúcido que el astuto líder francés, que había peleado por la presidencia desde 1965. Del caso británico hay que resaltar dos hechos: ante las reformas de Margaret Thatcher los laboristas se atrincheraron en sus viejas tesis y se convirtieron en un partido obsoleto y de oposición permanente. Sólo la llegada de Blair y el cambio de tesis y lenguaje los transformaron en una opción

creble para los electores. Para decirlo en pocas palabras: a la izquierda británica le llevó casi 20 años recorrer el camino que la española transitó en meses.

¿Cuál ruta seguirá el PRD: la española o la francesa? El presidente de la República cree que la primera. Los acuerdos que suscribieron en octubre de 1977 las principales fuerzas políticas en España, incluido Santiago Carrillo, secretario general del Partido Comunista, contenían un diagnóstico de la situación del país y adoptaban una serie de lineamientos económicos y sociales por consenso. Los pactos eran tan detallados y amplios que se referían no sólo a cuestiones macroeconómicas (políticas presupuestaria, monetaria, de precios, salarios y empleo), sino también a asuntos sociales (seguridad social) y temas más puntuales, como la educación o la política pesquera. La eficacia de esos acuerdos está fuera de duda. La transición española hacia la democracia quedó amarrada en todos los ámbitos. La convergencia de las fuerzas políticas hacia el centro se convirtió, así, en un presupuesto de la alternancia política y le dio a la economía española mayor estabilidad y certidumbre.



La propuesta de Ernesto Zedillo en el tercer informe de Gobierno es de manera implícita una invitación a reeditar el Pacto de la Moncloa en México. Por eso señaló cinco puntos que, a su juicio, son indispensables para lograr un crecimiento estable y permanente: 1) disciplina fiscal y monetaria; 2) reducción de la inflación; 3) mayor ahorro interno de las personas, las empresas y el gobierno; 4) continuar con el cambio estructural; 5) incremento de la inversión pública en educación y salud. Planteado así, el entendimiento parece viable. En términos generales, todo el mundo está de acuerdo en alcanzar esas metas. El problema aparece cuando se fijan prioridades y se determinan los cómo para alcanzar los objetivos. Por ejemplo, para el gobierno actual el incremento del ahorro interno es una prioridad central. Su propuesta consiste en incrementarlo progresivamente hasta alcanzar en el año 2000 el 25 por ciento del PIB. Para ello uno de los principales instrumentos diseñados es el nuevo mecanismo de pensiones, las Afores. Pero es justamente ahí donde comienzan los problemas: de entrada, porque para el PRD la prioridad fundamental no está en el ahorro, sino en reactivar el mercado interno, por lo que consideran indispensable una política monetaria más laxa, que en último término debería conducir a una revisión de la autonomía del Banco de México. En cuanto a la reforma del IMSS, Cárdenas polemizó abiertamente con los banqueros antes del 6 de julio y Ricardo García Sañz, vocero del PRD en la cámara de diputados, ha sido el enemigo más férreo del nuevo sistema de pensiones. ¿Se pueden conciliar semejantes discrepancias? No parece factible. Sobre todo cuando se sabe que el programa económico del PRD plantea otros puntos fundamentales, como son la rever-

sión de las reformas al artículo 27, la revisión y renegociación del TLC y la renegociación de la deuda externa.

No son diferencias menores. Constituyen un giro de 180 grados. Su puesta en práctica equivaldría a revertir la reforma económica. En el único punto en que el PRD ha moderado sus viejas posturas es en el referente a la estatización de la banca o las comunicaciones. Pero ese cambio se acompaña de una reticencia completa a efectuar nuevas privatizaciones en cualquier área y muy en particular en la petroquímica secundaria. La disputa por el rumbo económico de la nación no es nueva. Comenzó con la entrada de México al GATT en 1986, con la liquidación de empresas estatales emprendida por De la Madrid y se agudizó con la privatización de la banca, las reformas al artículo 27 y, por supuesto, la suscripción del TLC, bajo el gobierno de Salinas de Gortari. La salida de Cárdenas y Muñoz Ledo del PRI en 1987 obedeció a esa inconformidad y no a una veleidad o vocación democrática. Imaginar que van a abandonar su ideología en el momento en que están más cerca de alcanzar el poder para impulsar su proyecto suena ingenuo. Para ellos el gobierno de Ernesto Zedillo no es más que el último de una serie de administraciones tecnócratas que han impuesto el "fundamentalismo neoliberal" de manera autoritaria.

La apuesta del presidente de la República por el *aggiornamento* del PRD parece más bien prematura. ¡Ojalá! Que el milagro se le cumpla y la gane. Sería lo mejor para todos. Pero a estas alturas no sobra recordar la vieja sentencia de Gramsci: el buen político debe ser optimista con la voluntad y pesimista con la inteligencia; de otro modo, corre el riesgo de confundir sus buenos deseos con la realidad. ◀

Estampas de Liliput
A CADA UNO LO SUYO

FERNANDO ESCALANTE GONZALBO



El mexicano es un pueblo justiciero. Sin exagerar; a lo mejor no más que otros, pero es la verdad que nuestra preocupación por la justicia es casi neurótica aunque también, por lo general, apocada, pasiva, con vago acento fatalista. Y es posible que vaya lo uno con lo otro: descubrimos cada día tantísimas injusticias que no vamos a armar una revolución para remediar cada una de ellas; estamos acostumbrados, por lo demás, a que el Estado se haga cargo (cosa que acarrea otras muchas y complicadas consecuencias, que son para tratarlas aparte).

Pero empecemos por el principio, a ver si se puede poner algún orden. Nuestro sentido de la justicia es agudo, sutil, enormemente susceptible: se agita con el menor pretexto. Los maestros de primaria, digamos por ejemplo, protestan porque quieren un aumento de sueldo; con ese motivo y puesto que es lo más cómodo y está muy a mano, organizan piquetes para obstruir el tránsito: en el Paseo de la Reforma, el Periférico, donde sea. Los automovilistas, convertidos en rehenes, achicharrados, sudorosos, los miran no sólo con paciencia sino con franca y explícita simpatía. Suponen al parecer que los maestros están en su derecho; y más, suponen que tienen razón: no es justo que ganen tan poco.

Visto en frío, no es tan obvio qué significa eso. A nadie se le ocurre pensar que en ése como en

otro caso cualquiera el salario es una función de la productividad, la capacitación, de la oferta y demanda de trabajo, de la rentabilidad y las utilidades de la empresa. O sea: de la formación de los maestros, de sus alternativas de empleo y de los impuestos con que pagamos su sueldo. De hecho, poner las cosas así suena impertinente, y digo lo menos. Se supone que el Estado debe pagarles más porque ganan poco, porque sería deseable que viviesen mejor: porque lo necesitan, y basta.

Lo que eso dice no es gran cosa, pero tampoco es inútil. Parece haber, en principio, una desconexión entre nuestra idea de Justicia y los principios que organizan el funcionamiento del mercado, que de por sí llevan implícito un criterio para decidir el éxito, que vale como una noción de justicia. Una noción acaso cruel, maquinal, inhumana si se quiere, absolutamente insuficiente, pero también absolutamente real.

Pensemos en otro caso, también frecuente: las protestas —a veces violentas— que resultan de los exámenes de ingreso a la UNAM. Como es natural, puesto que de eso se trata, algunos aprueban y otros no, y estos últimos, cuando se organizan para quejarse, encuentran con facilidad una opinión favorable más o menos general: no es justo que se queden fuera de la universidad.

El acuerdo que hay sobre ello es impresionante, pero el juicio tiene matices que no es ocioso

anotar. Hay quienes, sin parar mientes en nada, consideran que es injusto el examen en sí mismo: según su idea, todo el que lo quisiese debería poder ingresar a la UNAM. Una simpleza que suele razonarse (es un decir) echando mano de una imprecisa fraseología revolucionaria, con aditamentos constitucionales más o menos pintorescos.

Hay también quienes consideran que no es justo que el examen sea tan difícil, puesto que los muchachos llegan faltos de preparación. Es decir: habría que ponerlo fácil, para que pudieran entrar todos; poco más o menos, lo mismo. Habría que decir, por cierto, que la dificultad es lógica, naturalísima, indispensable de hecho, porque se trata de seleccionar, y que en todo caso sería lo más sensato protestar en las escuelas preparatorias o de plano en las primarias. Otra vez, decir eso parece una impertinencia.

De un modo u otro, en ambas actitudes lo que hay es una condena explícita de cualquier forma de selección o calificación, cualquier mecanismo que permita discriminar. Digamos que la idea de Justicia que las anima depende de un igualitarismo emotivo, irracional; y en eso contradice las más elementales necesidades del orden de una sociedad compleja.

Pero hay un juicio más elaborado sobre esto. El de quienes consideran que el examen es injusto porque en general los pobres sacan peores calificaciones. O sea: la discriminación académica es injusta porque va asociada a una discriminación económica; un argumento de obvia impronta liberal, cuyo criterio de Justicia parece ser la igualdad de oportunidades. Lo extraño, y tanto que se antoja un contrasentido, es que la crítica se concentre en el examen, es decir, en el mecanismo de igualdad; se considera injusto que se evalúe con el mismo cri-

terio a los pobres y a los ricos. Algo que no sólo es derrotista, sino ostensiblemente ingenuo. La desigualdad material siempre encuentra mecanismos para reproducirse, y puede hacerlo con mucha más naturalidad si se anulan los contados ámbitos en que se procura ser abstracción de ella.

Digámoslo en una frase: si hiciésemos una universidad para pobres, con exámenes facilísimos (para pobres), materias asequibles (para pobres) y titulación automática (para pobres), los ricos harían la suya.

Aparte de los defectos que pueda tener en la práctica, el razonamiento es interesante porque muestra nuevamente una desconexión entre la idea de justicia y los mecanismos institucionales de la Modernidad, en este caso los principios que organizan el funcionamiento de la vida académica y profesional. Contra los criterios de parcialidad, igualdad formal, evaluación de capacidades, se impone un criterio de juicio sustantivo, parcial, atento sobre todo a la igualdad material, a la igualdad de resultados.

Por cierto que la propensión puede ser muy razonable, realista y sensata: es un hecho. Y tiene consecuencias. La primera, la más obvia, que deja con frecuencia en mal lugar al orden jurídico, que viene a ser injusto precisamente por su formalidad, porque ignora las características materiales que son para la opinión común decisivas. Piénsese en un caso bastante típico: el gobierno amaga con desalojar a un grupo de invasores de tierras, de los que antes se llamaban "paracaidistas"; de inmediato reacciona la opinión y lo hace para decir que no es justo. Aunque se hagan con todas las de la ley.

No se trata de que resulte injusta la propiedad privada; a fin de cuentas, lo que se defiende es la propiedad de los ocupantes, en contra de los titulares del dere-

cho. Se defiende, pongámoslo así, una forma de apropiación caracterizada en primer lugar por la posesión material, y se hace porque se supone que en ella se manifiesta una necesidad. Si es justo que los invasores se conviertan en propietarios es porque están allí y en eso quiere verse una evidencia de que lo necesitan (la invasión también puede ser en la práctica un negocio, pero la opinión, como es lógico, juzga un poco a bulto y sin pararse en detalles).

El razonamiento es del todo semejante al que se usa para abrigar a los vendedores ambulantes: no es justo que los muevan, que los expulsen de las calles, porque necesitan trabajar. Resulta simpático, dicho sea de paso, que en sus marchas de protesta lleven los ambulantes consigo una tira de niños y que los exhiban para alegar, con una convicción desarmante, que necesitan trabajar para mantener a sus hijos: como si ese gesto de desprendimiento diese todavía más fuerza a sus razones.

Nuestro sentido de la Justicia es fácilmente irritable; así parece, al menos. Pero ocurre también que la realidad ofrece motivos de irritación. Acaso no porque sea mucho peor que en otras partes, no porque sea intolerable en absoluto, sino que su arreglo general no se aviene con lo que consideramos justo. Creo que es así al menos en dos aspectos fundamentales: el orden del mercado y el del Estado.

Podrían darse muchas razones para explicar el hecho, y serían ciertas. Una me parece obvia, incluso decisiva: la tensión material, cotidiana, que resulta de nuestro trompocado proceso de modernización. Por cuya causa todo parece estar fuera de lugar.

Algunos resortes básicos de nuestro sentimiento de la Justicia son tradicionales, tienen incluso un aire comprensivo: la vocación por lo concreto, material, la hos-

tilidad hacia las formas y mecanismos impersonales. También tienen, sobre todo en su expresión retórica, el borroso perfil socialista de la revolución mexicana. Lo más característico, no obstante, es su carácter mezclado, indeciso, que es producto de la modernización. Porque no implica un rechazo masivo e inequívoco de la Modernidad, sino que asimila algunos imperativos, criterios, ideales típicamente modernos: la educación universitaria, la propiedad, el consumo, aunque en la práctica los haga casi imposibles.

El defecto básico (o la virtud básica, es difícil decirlo) de nuestra idea de la Justicia es su falta de realismo: quererlo todo, ahora.

Por eso impresiona, en ocasiones, como reacción casi infantil. En la idea, por ejemplo, de que no es justo que los funcionarios, los políticos ganen tanto dinero. No hablo de la corrupción, sino de los salarios e ingresos legales que, cada vez que se hacen públicos, provocan escándalos. Bien mirado, no son gran cosa; sobre todo si se compara con los ingresos que ofrece la empresa privada. El problema es que los términos de comparación que se escogen son desorbitados: el salario mínimo o el gasto social.

No es justo, se dice, que los políticos ganen tanto si la gente gana tan poco. No es justo que ganen tanto si faltan escuelas y hospitales. La desproporción en ambos casos es tal que el juicio resulta sin sentido; muy a propósito, eso sí, para nutrir arengas demagógicas, pero absolutamente desorientador y fantástico por lo que toca a las nociones de Estado o de función pública.

Queremos un Estado benevolente, paternal, y queremos políticos heroicos, abnegados, pero también resueltos: con muchos pantalones, como dice la derecha, con mucha voluntad políti-

ca, como dice la izquierda. Porque nuestra idea de la Justicia es también imperiosa, urgente.

En general, el rigor ordenancista, maquina, inhumano y torpón de la burocracia, cualquiera que sea, nos exaspera. Con razón, hay que decirlo, porque si de por sí es obtusa, mucho más en las condiciones de penuria, imprevención y desorden que tiene entre nosotros. Nos parece ofensivo, insultante que no proceda un trámite nomás porque falta un papel, por estar fuera de plazo, pero nos parece evidentemente injusto que un delincuente notorio sea absuelto por falta de pruebas, que un litigio agrario se prolongue por años, que se declare ilegal una huelga por un tecnicismo. Nuestra idea de Justicia requiere una acción pronta, decisiva, en favor de las buenas causas.

Es probable que esto último no sea tan raro; en casi cualquier parte, la imagen de la justicia tiene poco que ver con los tortuosos rituales del procedimiento judicial o administrativo (la Justicia, decía Valéry, es una idea teatral). Entre nosotros acaso sea mayor tan sólo porque nuestra desconfianza hacia los jueces, funcionarios, policías, se antoja insuperable; mejor o peor, preferimos el mando personal de un jefe que se hace cargo y decide, antes que el mareante papaleo de los subordinados.

Aunque puede estar de más, quiero insistir en que esa noción de Justicia que intento bosquejar es seguramente razonable. Quiero decir: es una consecuencia lógica del proceso de modernización; no la única actitud posible, pero sí una más o menos sensata y hasta cierto punto apropiada. Ante los catastróficos vaivenes de la economía, los vuelcos en las tasas de interés, digamos, es todo menos extraño que la gente simpatice con las protestas de los deudores, que piense que no es justo que se les pida más de lo

que puedan pagar; y algo semejante sucede con los ambulantes, invasores, reprobados o huelguistas.

De manera muy lógica, nuestra idea de la Justicia se opone a los automatismos de la Modernidad que, en circunstancias como las nuestras, tienen consecuencias devastadoras. Es por eso material, sustantiva, concreta, enemiga de formalidades, abstracciones, procedimientos mecánicos o burocráticos; es también particularista porque hay pocas cosas que parezcan de verdad universales, universalizables. Está sobre todo asociada a la necesidad: a las carencias que se nos imponen con la dureza apremiante de lo inevitable.

De resultados de ello, hemos tenido, tenemos un régimen justiciero y revolucionario, que a la vez procura impulsar la modernización y sabotearla donde pueda ser más agresiva. Un régimen de retórica ambigua y gritona, cuya legitimidad deriva en buena medida de sus inclinaciones anties-tatales y cuya estabilidad se mantiene a fuerza de agudizar esa contradicción radical: ser moderno y justiciero, revolucionario e institucional.

La situación no es tan extravagante, ni siquiera debe sorpren-

der a nadie: ese compromiso contradictorio es uno de los rasgos más reconocibles de la política de la modernización en México como en la India, en España o Argelia. En todo caso, no me interesa ahora sino como explicación verosímil para el surgimiento, más o menos reciente, de otra noción de justicia: imprecisa, que todavía se confunde con nuestra idea tradicional, pero que es, como tendencia, de signo contrario.

Comienza a ocurrir, en efecto, que se piense que no es justo que, cobrando impuestos, el Estado no ofrezca servicios públicos de mediana calidad; que no es justa la arbitrariedad de burócratas o funcionarios; que no es justo que el presupuesto público dependa del regateo corporativo, que no es justo que la retórica revolucionaria sirva para engordar parásitos: agitadores estudiantiles, líderes de ambulantes e invasores, caciques sindicales. Insisto: en la práctica es posible que se confundan las dos versiones, porque ambas coinciden en quejarse del gobierno, el PRI y el resto del aparato político que es, por fuerza, contradictorio. Conviene no confundirse, porque manifiestan un antagonismo social cuya gravedad apenas podemos adivinar. <

